

CONSUMIR Y... ¿SER CONSCIENTE?

A primera vista y para muchas personas, no parece que estos dos términos puedan estar relacionados: consumo y conciencia. Sin embargo lo que compramos y consumimos depende de decisiones de las cuales sí somos responsables.

Pero lo habitual es que no lo percibamos de ese modo. No nos sentimos involucrados en todo lo que ha ocurrido con el producto que compramos antes de llegar a nosotros. Y es muy fácil, puesto que no conocemos personalmente a los niños y trabajadores que son explotados y carecen de los derechos básicos, a los presos que son torturados y utilizados para producir esos artículos que nosotros compramos a precios bajísimos, no observamos el empobrecimiento de las tierras sometidas a cultivos agresivos, no vivimos junto a bosques o selvas que se esquilman, junto a ríos que se contaminan (eso suele ocurrir en el llamado “tercer mundo”, con lo lejos que está...), no nos sentimos partícipes de cambios globales como el calentamiento del planeta...

Lo fácil es pensar que todo eso es cuestión de los gobiernos ya que no parece que nosotros, los ciudadanos de a pie tengamos ninguna capacidad de acción en esa red compleja y manipuladora de la política internacional y con esa excusa olvidarnos de que los gobiernos deciden a remolque de lo que demanda la mayoría. Y es también fácil dejarnos llevar por la compulsividad del consumo y todas las implicaciones que tiene a otros niveles, la satisfacción que produce comprar, poseer, sentir la abundancia, demostrar tu posición social, compensar carencias afectivas y psicológicas, premiarse, disfrutar el poder y la seguridad que da “tener”. Los valores de la sociedad del bienestar son básicamente materiales, “eres lo que tienes”, por lo tanto, quiero tener mucho, más, de lo mejor.

La mayoría no se siente responsable de lo que consume, así que solamente una minoría decide comprar productos ecológicos o de comercio justo, o hacerse su propio pan, o cocinar productos naturales de forma sencilla en lugar de comer alimentos ya muy manipulados, desnaturalizados, precocinados; pocos eligen energías limpias y renovables cuando puede hacerlo, ya que parecen más caras y están menos introducidas en el mercado; no todo el mundo recicla, ni estamos programados para consumir lo que necesitamos, sino para tener cada vez mayores necesidades. Pero esa minoría está creciendo y conforme aumenta la conciencia en otros aspectos también aumenta en los hábitos de consumo, más respetuosos y menos irracionales. Nuestras actitudes en el consumo reflejan otras actitudes de nuestra vida.

Formamos parte de la globalidad de este mundo, pero nos sentimos individuales, separados, como si nuestras decisiones en el supermercado o cada vez que compramos cualquier cosa, por pequeña que sea, no estuvieran conectadas con los problemas de este mundo.

Pero quizás sí estamos conectados ¿o acaso pensamos que no estamos conectados a las personas que en China son encarceladas y torturadas por ser católicos, budistas, practicantes de Falun Gong o por pensar de forma diferente a lo establecido por el gobierno, obligados a trabajar en condiciones infrahumanas para fabricar, entre otras muchas cosas, esas luces de navidad tan baratas que adornan nuestros hogares? ¿o no estamos conectados a los indios que pierden sus cosechas porque cierta multinacional ha secado sus acuíferos para producir el refresco que todos bebemos? ¿o no estamos conectados al sufrimiento de los animales que son criados intensivamente, sin ningún respeto por su vida, sólo en función de obtener la carne, leche, huevos lo más baratos posible? ¿o no estamos conectados al destrozo de la cubierta vegetal de la tierra, de sus recursos piscícolas, de ríos de nuestra Tierra...del empobrecimiento en definitiva? ¿Estamos o no estamos conectados? Las luces de navidad, el refresco, el filete... esos productos son la parte material que nos conectan y nos comprometen mediante el aparentemente simple acto de pagar por ellos.

Es más fácil el “todo vale”, no sentirnos conectados con el sufrimiento que ha generado ese producto que me da placer comprar, aunque no lo necesito. Pero a veces llegamos a un momento en nuestra vida en el que sentimos que ya no todo vale, no queremos seguir siendo

objetos pasivos, necesitamos ser consecuentes con lo que sabemos (sin abogar en ningún momento por extremismos ni posturas radicales).

Formamos parte de un todo, y con nuestras actitudes influimos en él. De eso sí somos responsables, de la actitud que elegimos tomar.

Y...cuanto más conscientes somos, más aumenta nuestra responsabilidad.